

Alejandro López, padre de la Administración

ALBERTO MAYOR MORA*

Reseña del trabajo ganador del Primer Premio del Concurso Nacional de Investigación en Administración - Escuela de Administración de Negocios.

El ingeniero civil y de minas antioqueño, Alejandro López, nacido en Medellín en 1876, puede ser considerado, sin ningún género de dudas, como el padre de la Administración en Colombia pues no solo dedicó toda su vida a la enseñanza, divulgación y aplicación de los modernos sistemas de organización, sino que también fue el primero en hacerlo con éxito.

Su formación de ingeniero, alcanzada en la legendaria Escuela Nacional de Minas de Medellín, le permitió captar rápidamente el "mensaje" de F.W. Taylor en 1905, fecha durante la cual se encontraba en los Estados Unidos en negocios oficiales. A su regreso, fue nombrado Director de la Sociedad Minera del Zancudo, empresa franco-colombiana quizá la más importante de América del Sur, lo que le permitió mantenerse en estrecho contacto con los círculos de negocios franceses y, al propio tiempo, estar al día de la evolución de la "administración" en Europa, que veía emerger un nuevo profeta, Henri Fayol.

Fue así como desde 1912 empezó a dictar en la Escuela de Minas de Medellín un curso denominado **Economía Industrial**, en el que comenzó a enseñar los sistemas de F.W. Taylor a la vez que incorporó paulatinamente nociones de estadística, contabilidad y administración general. Después de 1916 dio a conocer en dicha cátedra la obra de Henri Fayol, lo que le permitió contrabalancear el fuerte pragmatismo norteamericano. Combinó, además, su ocupación de "ejecutivo" —haciendo parte de la tal vez primera generación moderna de

* Sociólogo Universidad Nacional
Profesor Asociado Facultad de Sociología Universidad Nacional
Investigador

managers colombianos— y de profesor con la de pequeño empresario ya que a raíz de un viaje a México inventó y patentó una máquina descortadora de fique, que llamó la “Desfibradora antioqueña”, con la que inició e impulsó el cultivo de la fibra en Bello, Antioquia.

En 1920 tomó la decisión de viajar al exterior para educar a sus 4 hijos, y el hecho de que optara por Inglaterra en vez de los Estados Unidos indica cuán distante se hallaba del escueto pragmatismo de la época. Esta decisión marcó su obra posterior. En el medio inglés de los negocios, en el que se desarrolló con propiedad bien como ingeniero consultor, bien como agente fiscal y como cónsul general de Colombia en Londres, adquirió un conocimiento “administrativo” todavía más profundo, complementando su autoeducación en la novísima economía política inglesa, especialmente los neoclásicos Jevons y Marshall.

Las afinidades electivas con la obra de este último —a la sazón el líder indiscutible de la ciencia económica mundial— y quien quería poner el “Análisis marginal” al alcance del hombre de negocios, inspiró sin duda a Alejandro López a escribir, con la misma intención, tanto una obra que ya es un libro clásico de la sociología colombiana, **Problemas Colombianos** (1927), como otra que también es un clásico, aunque quizá poco leída, de la administración colombiana, **El Trabajo** (1928). En **El Trabajo**, López se planteó el desafío intelectual, tal vez todavía sin resolver, de sintetizar los postulados de la economía neoclásica —en especial, el cuarto factor de la producción, “la organización”— con los principios de la Administración “científica”.

En dos obras posteriores, **Idearium Liberal** (1931) y **El desarme de la usura** (1933), Alejandro López alcanzó verdaderas dimensiones de estadista al combinar magistralmente el análisis macroeconómico con el político en el examen del país. En estos dos libros, López contempló a la nación colombiana como una totalidad en la cual la

“administración” del Estado constituía uno de los puntos cruciales.

A su regreso a Colombia, en 1935, se constituyó en el intelectual más influyente de las reformas de la “república liberal”, inspirando y redactando el programa político de 1935 y ocupando durante cinco años el cargo de representante a la Cámara. En 1937 fue llamado a la Gerencia de la Federación Nacional de Cafeteros desde donde dirigió la primera intervención estatal de los precios del café, lo cual le granjeó no pocas dificultades políticas.

Su especial talento pedagógico, que le llevaba a despertar y a catalizar en sus discípulos lo mejor de sus talentos, le llevó a reunir en torno suyo y de su obra un pequeño, pero selecto, grupo de seguidores quienes se inspiraron en sus ideas y las pusieron en práctica con el tiempo: Carlos Lleras Restrepo, Juan Lozano y Lozano, Mariano Ospina Pérez, Jorge Zalamea, Germán Arciniegas, Antonio García, Joaquín Vallejo Arbeláez, Hernán Echavarría Olózaga, Gerardo Molina e incluso un Jorge Eliécer Gaitán. No puede olvidarse, entre otras cosas el especial acento “administrativo” de las iniciativas de varios de estos discípulos suyos. Pero tampoco puede pasarse por alto que otros de ellos descollaron en el ámbito de la cultura. Esto conduce al aspecto crucial de su legado intelectual.

En efecto, después de su muerte en 1940, su “herencia” intelectual dispersa en sus libros y en numerosos artículos y folletos queda plasmada en su especial capacidad para combinar los diversos planos del análisis: el económico y el político, el sociológico y el administrativo, el ético y el cultural.

Su obra está, por tanto, a la espera de un rescate por parte de las actuales generaciones de Administradores de Empresa y de Negocios quienes seguramente encontrarán en ella el palpitar de las más profundas fibras de la nacionalidad colombiana.

Bogotá, Febrero de 1988